

Kurt
VONNEGUT



GALAPAGOS

Un viaje a la extinción de la raza humana. León Trout, el fantasma de un constructor de barcos decapitado, es el narrador de la historia de la decadencia de la humanidad, contada por Vonnegut con humor e ironía, tal y como la viven los supervivientes de un crucero a las Islas Galápagos en el año 1986. Entre estos supervivientes encontramos a personajes tan dispares como Hisako, una mujer que porta genes radiactivos debido a las bombas atómicas; James Wait, que se hizo rico casándose con mujeres ancianas, o el grupo formado por seis chicas huérfanas de la tribu caníbal de los kanka-bonos.

En esencia, *Galápagos* describe cómo una crisis económica mundial, unida a una epidemia, derrumba el entramado político y social y acaba con parte de la humanidad. Vonnegut carga las tintas sobre la estupidez humana, capaz de acabar con la sociedad.

*En memoria de Hillis L. Howie
(1903-1982), naturalista aficionado.
Un buen hombre que
nos llevó a mí y a mi mejor amigo Ben Hitz
y a algunos otros muchachos
al Salvaje Oeste americano
desde Indianapolis, Indiana,
en el verano de 1938.*

*El señor Howie nos presentó a los verdaderos indios
y nos hacía dormir al aire libre cada noche
y enterrar nuestra mierda,
y nos enseñó a cabalgar
y nos dijo el nombre de muchas plantas
y animales,
y lo que tenían que hacer para mantenerse vivos
y reproducirse.*

*Una noche el señor Howie por poco no nos mata de
miedo,
a propósito,
aullando como un gato montés.
Un verdadero gato montés le contestó desde lejos.*

A pesar de todo, sigo creyendo que la gente es realmente buena en el fondo.

Anne Frank (1929-1944)

LIBRO PRIMERO

La cosa fue así

1

La cosa fue así:

Hace un millón de años, en 1986 d.C., Guayaquil era el principal puerto marítimo de la pequeña democracia sudamericana de Ecuador, cuya capital era Quito, en lo alto de la cordillera de los Andes. Guayaquil estaba situada a tres grados al sur del ecuador, la cintura imaginaria del planeta de la que el país tomó el nombre. Hacía siempre mucho calor allí, y también mucha humedad, porque la ciudad se levantaba en las calmas ecuatoriales sobre un marjal esponjoso en el que se mezclaban las aguas de varios ríos que bajaban de las montañas.

Este puerto marítimo se encontraba a varios kilómetros del mar abierto. Balsas de materia vegetal a menudo atasocaban las aguas turbias, ocultando pilotes y ancladeros.



Los seres humanos tenían entonces el cerebro mucho más grande que ahora, de modo que cualquier misterio podía seducirlos. En 1986 uno de esos misterios era cómo unas criaturas que no podían nadar grandes distancias habían llegado a las Islas Galápagos, un archipiélago de picos volcánicos al oeste de Guayaquil, separado del continente por un millar de kilómetros de aguas muy profundas, y muy frías, que venían del Antártico. Cuando los seres humanos descubrieron estas islas, ya había allí salamanquesas e iguanas, ratas de campo y lagartos gigantes, arañas, hormigas,

escarabajos, garrapatas y ácaros, para no mencionar las enormes tortugas de tierra.

¿Qué medio de transporte habían utilizado?

Mucha gente consiguió satisfacer sus voluminosos cerebros con esta respuesta: llegaron en balsas naturales.



Otros sostuvieron que esas balsas se inundaban y se pudrían hasta deshacerse tan deprisa que nadie había visto ninguna lejos de tierra firme y que la corriente entre las islas y el continente habría arrastrado a esas rústicas embarcaciones hacia el norte y no hacia el oeste.

O afirmaron que esas torpes criaturas terrestres se habían trasladado con pies secos por un puente natural o habían nadado cortas distancias entre unos vados que desde entonces habían desaparecido bajo las olas. Pero los científicos, con la ayuda de sus voluminosos cerebros y sus astutos instrumentos, habían trazado mapas del suelo oceánico en 1986. No había huellas, dijeron, de ninguna masa de tierra intermedia.



Otra gente de esa era de grandes cerebros y fantasioso pensamiento afirmó que las islas habían sido parte del continente, y se habían separado luego por alguna estupenda catástrofe.

Pero las islas no tenían aspecto de haberse separado de nada. Eran evidentemente jóvenes volcanes, vomitados allí mismo. Muchas de ellas eran tan recién nacidas que podía esperarse que estallaran de nuevo de un momento a otro. En 1986 ni siquiera había allí mucho coral, y por tanto no había tampoco lagunas azules y playas blancas, amenida-

des que muchos seres humanos consideraban un preguisto de una ideal vida postrera.

Un millón de años después, tienen playas blancas y lagunas azules. Pero en los comienzos de esta historia, eran todavía montes y bóvedas y conos espirales de lava, feos, frágiles y abrasivos, cuyas grietas y pozos y cuencos y valles no contenían tierra fértil ni agua dulce, sino una muy fina y muy seca ceniza volcánica.

Otra teoría de entonces era que Dios Todopoderoso había creado a todas esas criaturas donde los exploradores las habían encontrado, y que por lo tanto no habían necesitado medios de transporte.

• • •

Otra teoría sostenía que habían bajado a la costa de dos en dos por la planchada del arca de Noé.

• • •

Si hubo en verdad un arca de Noé, y pudo haberla habido, podría titular mi historia «Una segunda arca de Noé».

2

Hace un millón de años no era un misterio que un americano de treinta y cinco años llamado James Wait, que no era capaz de nadar una brazada, tuviera intención de ir desde el continente sudamericano a las Islas Galápagos. Por cierto no iría sentado en una balsa de materia vegetal, esperando lo mejor. Acababa de comprar un billete en su hotel del centro de Guayaquil para un crucero de dos semanas en el que sería el viaje inaugural de un nuevo barco de pasajeros llamado *Bahía de Darwin*[1]. El primer viaje a las Galápagos del barco, que lucía la bandera ecuatoriana, había sido anunciado durante todo el año anterior como «el Crucero del Siglo para el Conocimiento de la Naturaleza».

Wait viajaba solo. Era prematuramente calvo y regordete, tenía el mal color de una corteza de pastel barato, y llevaba gafas, de modo que podía afirmar que estaba en la cincuentena, si esta plausible afirmación pudiera reportarle algún provecho. Tenía la intención de parecer inofensivo y tímido.

Era en ese momento el único cliente en el bar del Hotel El Dorado, en la amplia calle Diez de Agosto, donde había alquilado una habitación. Y el camarero a cargo del bar, un descendiente de veinte años de orgullosos nobles incaicos, llamado Jesús Ortiz, tuvo la impresión de que alguna temible injusticia o alguna tragedia habían quebrantado el espíritu de este hombre descolorido y solitario que se decía canadiense. Wait quería que todos los que lo vieran tuvieran esa impresión.

Jesús Ortiz, una de las personas más agradables de esta historia mía, compadecía más que despreciaba a este turista solitario. Le parecía triste, como Wait había deseado, que este hombre se hubiera vaciado los bolsillos en la *boutique* del hotel comprando un sombrero de paja, unas sandalias de cuerda, pantalones cortos de color amarillo y una camisa de algodón azul, blanca y púrpura, que llevaba en ese momento.

Wait había tenido un aspecto de considerable dignidad, pensaba Ortiz, cuando llegó desde el aeropuerto vestido con traje de empresario. Pero ahora, y a costa de mucho dinero, se había convertido en un payaso, una caricatura de turista norteamericano en los trópicos.

El rótulo con el precio estaba todavía prendido en el faldón de la crepitante camisa nueva de Wait, y Ortiz, muy cortésmente y en buen inglés, así se lo hizo saber.

—¿Ah? —dijo Wait. Sabía que el rótulo estaba allí y quería que allí se quedara. Pero representó toda una charada en la que se reía embarazosamente de sí mismo, y pareció que iba a arrancar el rótulo. Pero luego, como si lo abrumara algún dolor del que estaba tratando de escapar, dio la impresión de olvidarlo.



Wait era un pescador y el rótulo con el precio era la carnada, un modo de alentar a los extraños a que le dijeran de alguna manera lo que Ortiz le había dicho:

—Disculpe, señor, pero no puedo evitar haber notado...

Wait se había registrado en El Dorado con el nombre de su falso pasaporte canadiense: Williard Flemming. Era un timador de suprema fortuna.

No era un peligro para Ortiz, pero una mujer sin escolta que pareciese tener algún dinero, sin marido ni hijos, correría por cierto un riesgo. Wait hasta el momento había corte-

jado y desposado a diecisiete mujeres de esas características; y luego les había limpiado los joyeros, las cajas fuertes y las cuentas bancarias, y había desaparecido.

Era tan afortunado en su oficio que se había vuelto millonario, con cuentas de ahorros a nombres diversos en los bancos de toda Norteamérica, y no lo habían arrestado nunca. Que él lo supiera, nadie siquiera intentaba atraparlo. En lo que a la policía concernía, razonaba, él era uno de diecisiete maridos infieles, cada uno con un nombre distinto, en lugar de un único delincuente común cuyo verdadero nombre era James Wait.



Es difícil creer en nuestros días que la gente haya podido ser tan brillantemente múltiple como James Wait, hasta que me recuerdo a mí mismo que casi todos los seres humanos adultos de ese entonces tenían un cerebro de unos tres kilogramos. Era infinito el número de planes malignos que una máquina pensante de semejante tamaño podía concebir y ejecutar.

De modo que planteo una pregunta, aunque no haya nadie aquí para contestarla: ¿puede haber alguna duda de que los cerebros de tres kilogramos fueron otrora defectos casi fatales en la evolución de la raza humana?

Una segunda cuestión: ¿cuál podía haber sido la causa, salvo nuestro complicado circuito nervioso, de los males que veíamos y oíamos por doquier?

Mi respuesta: no había ninguna otra causa. Éste era un planeta muy inocente, con excepción de esos grandes cerebros.

3

El Hotel El Dorado era un flamante edificio de cinco plantas destinado al turismo y construido con lisos bloques de cemento. Tenía las proporciones y el aire de una biblioteca con frente de cristal, alto y ancho y poco profundo. En cada habitación había un muro de cristal que iba del suelo al techo y miraba a la zona ribereña.

En el pasado el comercio abundaba en esa zona ribereña, y barcos de todo el planeta habían llevado allí carne, granos, verduras y frutas, y vehículos, ropas, maquinarias, objetos domésticos, etcétera, y retiraban, en justo intercambio, café, cacao, azúcar, petróleo, oro y objetos de arte y artesanía indios, todos ellos productos ecuatorianos, incluso sombreros de «Panamá», que siempre habían venido del Ecuador y no de Panamá.

Pero ahora había allí sólo dos barcos mientras James Wait estaba sentado en el bar con un vaso de ron y Coca-Cola. No era un bebedor en realidad, pues como vivía de su ingenio no podía permitirse que las delicadas llaves de la gran computadora que tenía en el cerebro entraran en cortocircuito por culpa del alcohol. La bebida era un artefacto teatral, como el rótulo del precio en su ridícula camisa.

No estaba en condiciones de juzgar si lo que podía verse en la zona ribereña era normal o no. Hasta dos días antes ni siquiera había oído hablar de Guayaquil, y nunca hasta ahora había estado por debajo del ecuador. Para él, El Dorado no era diferente de los muchos hoteles impersonales que en el pasado había utilizado como refugio y escondi-

dite, en Moose Jaw, Saskatchewan, en San Ignacio, México, en Watervliet, Nueva York, etcétera, etcétera.

Había escogido el nombre de la ciudad en que ahora se encontraba en el tablero de llegadas y partidas del Aeropuerto Internacional Kennedy en la ciudad de Nueva York. Acababa de pauperizar y abandonar a su decimoséptima esposa: una viuda de setenta años en Skoie, Illinois, en las afueras de Chicago. Guayaquil le sonó como el último lugar en el que ella pensaría en buscarlo.

Esta mujer era tan fea y estúpida que probablemente nunca debía haber nacido. Y sin embargo, ya había estado casada antes.

Y James Wait tampoco iba a quedarse mucho en El Dorado, pues había comprado un billete en «el Crucero del Siglo para el Conocimiento de la Naturaleza» al agente de viajes que tenía un despacho en el vestíbulo. El mediodía había quedado atrás y afuera hacía más calor que en las orillas del infierno. No soplaban ni una brisa, pero esto no le importaba porque estaba dentro y el hotel tenía aire acondicionado, y de cualquier modo pronto se habría alejado de allí. Su barco, el *Bahía de Darwin*, se haría a la mar al mediodía del día siguiente: viernes, 28 de noviembre de 1986, un millón de años atrás.

La bahía de la que recibía el nombre el barco de Wait se abría al sur de la Isla Genovesa en las Galápagos. Wait nunca había oído hablar de las Islas Galápagos. Suponía que se parecerían a Hawái, donde una vez había pasado una luna de miel, o a Guam, donde una vez había estado escondido: con amplias playas blancas y lagunas azules, palmeras mecidas por la brisa y chicas bronceadas como el nogal.

El agente de viajes le había dado un folleto que describía el crucero, pero Wait no lo había mirado todavía. Lo había puesto sobre la barra que tenía delante. El folleto no ocultaba qué aborrecibles eran casi todas las islas, y advertía a los futuros pasajeros lo que el agente de viajes no había advertido a Wait: que era preferible que se encontraran

en buenas condiciones físicas y llevaran botas fuertes y ropa ruda, pues a menudo tendrían que vadear aguas bajas para llegar a las costas, y trepar paredes rocosas como una infantería anfibia.



La bahía de Darwin tenía ese nombre en honor del gran científico inglés Charles Darwin, que había visitado Genova y varias islas vecinas durante cinco semanas en 1835, cuando sólo era un mozalbete de veintiséis años, nueve menos de los que Wait tenía ahora. Darwin era entonces el naturalista sin paga a bordo del *Beagle*, barco de Su Majestad, en una expedición de cartografía que lo llevaría alrededor del mundo y duraría cinco años.

En el folleto sobre el crucero, redactado con la intención de deleitar a los amantes de la naturaleza más que a los buscadores de placer, se reproducía la descripción que hace Darwin de las Islas Galápagos en su primer libro, *El viaje del Beagle*:

«Nada menos atrayente que la primera impresión. Un campo quebrado de negra lava basáltica arrojada en medio del más agitado oleaje y atravesada por grandes grietas, cubierta en todas partes con arbustos enanos quemados por el sol, y con pocos indicios de vida. La seca y chamuscada superficie, calentada por el sol del mediodía, daba al aire un aspecto lóbrego y oprimente, como el de un horno: nos pareció que aun los arbustos olían mal.»

Continuaba Darwin: «Toda la superficie... parece estar impregnada, como un cedazo, de vapores subterráneos: aquí y allá la lava todavía blanda se extendió en grandes burbujas; y en otras partes las cimas de las cavernas, formadas de modo similar, se derrumbaron hacia adentro, dejando partes circulares con empinadas laderas». Todo esto le recordó vívidamente, escribió, «... esas partes de Staffords-

hire donde son más numerosas las grandes fundiciones de hierro».



Había un retrato de Darwin detrás de la barra de El Dorado, enmarcado por estanterías y botellas: una reproducción ampliada de un grabado en acero, en la que aparecía no como el joven de las islas, sino como un apuesto padre de familia de la vieja Inglaterra, con una barba tan reluciente como una guirnalda de Navidad. El mismo retrato adornaba el pecho de las camisetas que se vendían en la *boutique*, y de las que Wait había comprado dos. Ése era el aspecto que tenía Darwin cuando amigos y parientes lo convencieron al fin de que pusiera por escrito sus ideas acerca de cómo se forma la vida en todas partes, y cómo él, sus amigos y parientes y aun la misma reina, habían llegado a ser lo que eran en el siglo XIX. Y fue así como escribió el volumen científico de más amplia influencia en los tiempos de los grandes cerebros. Más que ningún otro tomo contribuyó a estabilizar las volátiles opiniones de la gente acerca de cómo identificar el triunfo o el fracaso. ¡Nada menos! Y el título del libro resumía el despiadado contenido: *Del origen de las especies por medio de la selección natural, o la preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida*.



Wait nunca había leído el libro, y el nombre de Darwin no significaba nada para él, aunque de vez en cuando había conseguido hacerse pasar por un hombre culto. Estaba considerando que en «el Crucero del Siglo para el Conocimiento de la Naturaleza», se presentaría como ingeniero mecánico graduado en Moose Jaw, Saskatchewan, y cuya mujer acababa de morir de cáncer.